

El espíritu mosaico

Una tarde, cuando revisábamos el archivo de nuestra Revista, hallamos entre viejos anaqueles la colección completa de un papel publicado periódicamente en Bogotá a mediados del siglo pasado. Lo sacaba a la luz un grupo de medianías intelectuales, compuesto por cachacos que rebajaron la literatura hasta concebirla como un medio para facilitar la digestión de sus grasosos alimentos. Nos referimos a “*El Mosaico*”.

De la lectura de aquella colección nació “*El Antimosaico*”. Esa misma tarde comenzamos nuestra labor. Mas fue solo meses después, ya saturados de nuestra idea, cuando empezamos a escribir este libro. Los sucesores de “*El Mosaico*” dirán que somos irreverentes, pedantes o iconoclastas. En verdad nuestro ensayo es “incompatible con el cerebro de las señoras burguesas”.

Al principio considerábamos al mosaico únicamente como escuela literaria. Pero poco a poco nos fuimos dando cuenta que tenía ramificaciones en el campo social, en el político, en el internacional, y en el jurídico. Es decir, que existía una filosofía mosaica, un temperamento mosaico y un espíritu mosaico; y lo que es peor, que esta filosofía, este temperamento y este espíritu habían dirigido a Colombia al través de casi toda su vida y en casi todas sus actividades. Sintetizar ese concepto de la vida y criticarlo es lo que nos proponemos, para demostrar luego cómo los hombres que lo practican no han ensanchado la cultura colombiana, ni han contribuido en nada al progreso de la nación; como ese concepto rebaja al hombre aisladamente considerado y a la colectividad nacional.

Esta labor no es solo destructiva: nosotros enfrentamos a ese espíritu, el espíritu antimosaico, y hacemos ver cómo aquello que en Colombia hay de grande y de permanente ha sido creado por hombres antimosaicos.

Un mosaico es el resultado de la mezcla de varios fragmentos de cuerpos diferentes. Pero ese resultado no es una síntesis. Tiene las características de sus componentes más disminuidas en cantidad y en cualidad. No hay en esos fragmentos, más o menos caprichosamente unidos, una vertebración, una coordinación lógica que impulse al nuevo cuerpo hacia una finalidad determinada.

Una cultura es la resultante de diferentes factores en el espacio y en el tiempo. Para que llegue a formarse es necesario que esos factores se combinen y produzcan una realidad, una síntesis, que si bien tiene elementos comunes de aquellas fuerzas que le dieron vida es sustancialmente distinta de todas y de cada una de ellos.

Las manifestaciones del espíritu humano, llámense cultura —que es síntesis— o “mosaico”, son siempre la resultante de dos factores: *Raza y medio*. Una determinada agrupación racial en un medio también determinado, dará un cierto resultado variable en función de las concausas.

Es oportuno recordar que medio y raza se influyen de manera recíproca, llegando en muchos casos el uno a sufrir modificaciones por la otra y de modo contrario también.

De esta unión, de esa compenetración “surgen en el tiempo cultura o mosaico”.

¿Cuál es a este propósito el caso colombiano? No existe propiamente aquí un medio ambiente físico que pudiera establecerse como el mismo para todo el país. La geografía ha dividido a la República en sectores diferentes, en medios físicos distintos. Y el medio físico es el principal constituyente del social.

Colombia es un pedazo de América, y de América tropical por otra parte. Ahí la base primaria del desarrollo de nuestra historia. Como agravantes accidentales encontramos, ayudados por el profesor López de Mesa, la división en dos grandes zonas: la de las costas y valles de los ríos y la de las mesetas andinas. Una y otra determinan y marcan diferencias raciales de consideración. Lo habían hecho ya antes de la conquista española: entre caribe y chibcha se daban las mismas similitudes que entre “lanudo” y costeño, es decir, antagonismo.

Es indudable que el medio físico americano, en cuanto al desarrollo de la vida animal, es totalmente diferente e inferior, a sus colegas europeo, asiático y africano. Se puede ver la disimilitud tocada de inferioridad, no más en las especies zoológicas, las cuales más directamente aún que la humana reciben la influencia-ambiente.

William Robertson, sociólogo anglosajón, en su historia de América, dice así:

“El principio de la vida, parecía tener allí menos fuerza y actividad que en el antiguo continente. A pesar de la vasta extensión de la América y de la variedad de sus climas, las diferentes especies de animales que le son propias son proporcio-

nalmente en mucho menor número que en el otro hemisferio. En las islas, sólo se encontraron cuatro especies de cuadrúpedos conocidos, el mayor de los cuales no era más grande que un conejo. En el continente había mayor variedad; los individuos de cada especie, no podían menos de multiplicarse en él sumamente, porque eran poco perseguidos por los hombres, que ni eran muchos, ni estaban bastante unidos en sociedad para hacerse temibles a los animales. Sin embargo, el número de especies distintas, no puede ser considerado sino como muy pequeño. De doscientas especies diferentes de cuadrúpedos, extendidas sobre la superficie de la tierra, sólo se halló casi un tercio en América, cuando fue descubierta.

La naturaleza, era no solamente menos fecunda en el nuevo mundo, mas también parece haber sido menos vigorosa en sus producciones. Los cuadrúpedos que pertenecen originariamente a esta parte del globo, parecen ser de una raza inferior, pues no son ni tan robustos, ni tan feroces como los del antiguo continente: no hay ninguno en América que pueda compararse al elefante o al rinoceronte por el tamaño, ni al león o al tigre por la fuerza y ferocidad. El tapir del Brasil que es el mayor de los cuadrúpedos del nuevo mundo es del grandor de un ternero de seis meses. El puma y el jaguar, los más montaraces de los animales carnívoros, y a los cuales los europeos han dado impropriamente los nombres de leones y tigres, no tienen ni el intrépido valor de los primeros, ni la cruel voracidad de los segundos. Son indolentes y tímidos, poco temibles al hombre y se huyen frecuentemente a la menor apariencia de resistencia.

Las mismas cualidades del clima de América, que hacen a los animales indígenas pequeños, débiles y tímidos, han ejercido su pernicioso influencia sobre los que han pasado espontáneamente del otro hemisferio, o que han sido transportados por los europeos.

Los osos, los lobos y los gamos de América, no son iguales en tamaño a los del antiguo mundo; y la mayor parte de los animales domésticos de que los europeos han provisto las provincias en que se han establecido, han degenerado en grosura y calidad, en un país en que el temperamento y el suelo parecen ser poco favorables a la fuerza y a la perfección del género animal.

Pero las mismas causas que concurren a disminuir el volumen y el vigor de los grandes animales favorecen la propagación y crecimiento de los reptiles e insectos. Aunque esta plaga no sea peculiar del nuevo mundo, y aunque estas odiosas familias producidas por el calor, por la humedad y por la corrupción,

infesten todos los puntos de la zona tórrida, se multiplican acaso más ventajosamente en América, y los individuos de ellas adquieren un tamaño extraordinario. Como esta región está en general menos cultivada y menos poblada, que las otras partes de la tierra, el principio de la vida consume allí su actividad y su fuerza en las producciones de esta clase inferior; de modo que el aire se carga frecuentemente de nubes de insectos y la tierra se cubre de reptiles horribles y perjudiciales." (Historia de la América, escrita en inglés por William Robertson y traducida al español por Bernardino de Amati, París. Librería de Belin. Leprieur y Morizot. 1853).

El profesor López de Mesa confirma la opinión del autor extranjero en estos términos:

"...Empero, si es verdad que en el reino de los vegetales América devuelve a los otros continentes su rica aportación, no pudo rivalizar con ellos en algunas ramas superiores de la vida.

.....
 "En cambio, al elefante sólo podemos oponer el tapir, al camello la llama, al cordero la vicuña, a la jirafa el venado, al tigre el jaguar, al león el puma, al canguro el opusum, al gorila el marimonda o "belzebúth" y nada tuvimos desde la época cuaternaria para reemplazar el caballo, el toro, el asno, en esta América meridional, causando con ello una detención en la marcha del progreso de sus naciones aborígenes. Esta pobreza en grandes mamíferos y muy especialmente de los cuadrumanos o simios superiores, se liga en mi pensamiento con la debilidad del indio y su atávica tristeza como lo insinué en página anterior".

Esto, en cuanto a manifestaciones vitales un poco superiores se refiere. En cuanto a la vida vegetal, por el contrario América si aventaja a sus hermanos continentes. Aquí la vegetación es frondosa, formidable, exuberante.

Resulta fácil comprender que trasplantado a ese medio, el español, caería pronto donde cayó y produciría —especialmente en Colombia— lo que produjo: "UN MOSAICO".

Hace ya más de cuatrocientos años que las carabelas del almirante descubrieron estas tierras. Migraciones de hombres y de ideas de España llegaron hasta aquí. Pero desgraciadamente —lo que se explica por el ambiente y por la raza—, no se ha formado una cultura. Apenas retazos degenerados y fragmentarios se alcanzan a ver en este gran mosaico que se llama América, donde subsisten los restos tropicales de una cultura semicastellana.

Uno de los grupos de conquistadores, llegó a Colombia. Entre calentadores de failejón en la sabana de Bogotá, y defendiéndose de la acción presionado por el clima en las llanuras ardientes, mestizado con indios y con negros, fue perdiendo poco a poco las virtudes heroicas de la raza y dejándose apersonar cada vez más por los defectos.

Don José Ortega y Gasset en su libro "España invertebrada", describe así la tragedia española contemporánea:

"Siempre que en Francia o Alemania he asistido a una reunión donde se hallase alguna persona de egregia inteligencia, he notado que los demás se esforzaban en elevarse hasta el nivel de aquélla. Había un tácito y previo reconocimiento de que la persona mejor dotada, tenía un juicio más certero y dominante sobre las cosas. En cambio, siempre he advertido con pavor que en las tertulias españolas —y me refiero a las clases superiores, sobre todo a la burguesía alta, que ha dado siempre el tono a nuestra vida nacional— acontecía lo contrario. Cuando por azar tomaba parte en ellas un hombre inteligente, yo veía que acababa por no saber donde meterse, como avergonzado de sí mismo. Aquellas damas y aquellos varones burgueses asentaban con tal firmeza e indubitabilidad sus continuas necesidades, se hallaban tan sólidamente instalados en sus inexpugnables ignorancias, que la menor palabra aguda, precisa o siquiera elegante, sonaba a algo absurdo y hasta descortés. Y es que la burguesía española no admite la posibilidad de que existan modos de pensar superiores a los suyos ni que haya hombres de rango intelectual y moral más alto que el que ellos dan a su estólida existencia. De este modo se ha ido estrechando y rebajando el contenido espiritual del alma española, hasta el punto de que nuestra vida entera, parece hecha a la medida de las cabezas y de la sensibilidad que usan las señoras burguesas, y cuanto trascienda de tan angosta, toma un aire revolucionario, aventurado o grotesco".

"Yo espero que en este punto, se comporten las nuevas generaciones con la mayor intransigencia. Urge remontar la tonalidad, ambiente de las conversaciones, del trato social y de las costumbres hasta un grado incompatible con el cerebro de las señoras burguesas".

A este nivel cultural ha llegado la raza española en la zona templada con un gran pasado de civilización y con un núcleo de pobladores homogéneo y suficientemente crecido para asegurar toda posibilidad de decadencia. ¿Qué no pasaría en Colombia?

Aquí, tres siglos de influencia ambiente sobre raza propia, tres siglos de "Mosaico" en gestación estallaron al fin, se produjeron ya dentro de la vida independiente en la primera de las manifestaciones de lo que sería el Mosaico en esta república: sobrevino la *Patria Boba*.

Pero antes de entrar a tratar lo relativo a ella, conviene conocer su más próximo antecedente:

Años atrás en Francia habían brillado los salones literarios. En esos tiempos cada señora tenía "un perroquet et un philosophe". Las buenas señoras de Santa Fé, quisieron también tener su loro y su filósofo. Pero el loro era demasiado vocinglero y lo trocaron por el perro calungo que quitaba el frío de los pies. La sonrisa de los filósofos volterianos al pasar el Atlántico, se transformó en chascarrillo y gracejo...

En esa época, se fundaron tertulias para emular los salones franceses: doña Manuela Santamaría de Manrique hacía de Mme. de la Popelinière, Antonio Nariño de Francois M. Arouet. Al día siguiente, después de una noche de exégesis volteriana, "mesdames et messieurs", *católicos enciclopedistas*, se encontraban en misa de cinco en la iglesia de Santa Bárbara.

En esos salones se incubaron los hombres de la Patria Boba que fueron incapaces, vacilantes y perezosos. Al encontrarse de repente dueños de un país libre, no supieron conservar esa libertad, no organizaron la nación para rechazar la reconquista española con unidad y energía y hasta cruelmente. Incapaces de fusilar a nadie, prefirieron servir a Morillo de indefensas víctimas. Eso cuadraba mejor a su carácter, lo integraba. Fue necesario que vinieran otros hombres más jóvenes, más audaces y con otro concepto de la vida, para que la Independencia se pudiera llevar a cabo.

El lujo y el brillo de París, atraía y fascinaba —como aún sucede hoy— a esa ingenua generación, que veía en la pobre Santa Fe una segunda ciudad-luz, llena de espléndidas avenidas, adornada con magníficos edificios y "horriblemente corrompida". No nos hagamos ilusiones. Aquí no ha habido nunca esplendidez, ni magnificencia, ni siquiera corrupción.

Todo ese espíritu de la Patria Boba que —lo repetimos—, ha perdurado a través de nuestra vida independiente y perdura aún, puede resumirse de manera total en Antonio Nariño cachaco bogotano, débil y vacilante, apellidado por algunos el Precursor.

Como hombre de estado, Nariño, en el poder, no fue capaz de encauzar las fuerzas nacionales para una acción enérgica y

decisiva. En la oposición, "jeringaba" con periodiquitos; y no tuvo el coraje en momentos decisivos de derrocar gobiernos ineptos. Desconocía el valor de los hombres: entregó a Bolívar el mejor cuadro de oficiales que recuerda la historia de América —los creía incapaces— y él quedó acompañado de sus contertulios.

A Venezuela con Bolívar fueron Ricaurte, Girardot, D'Eluyar, París, Maza y otros, todos ellos constructores de la historia militar de la Gran Colombia.

Como estrategia, don Antonio, se fue a Pasto el núcleo realista más fuerte de América. En sus montañas hace diez años resonaba todavía con eco favorable el grito de "viva el rey". Allí murió Santa Cruz, quien despertaba a los indios con la misma corneta que en Endarlaza le sirviera para llamar a los muchachos de su partida en defensa de don Carlos VII. Vencido en las cercanías de Pasto, abandonó a sus soldados y huyó por la montaña decaído y maltrecho. Algunos le vieron llorar. Como era de esperarse, después de su error estratégico hizo un chiste: presentóse a los pastusos y les dijo: "¿A que no saben quién soy?" y se entregó...

Concebía la guerra como un "veraneo". Cuando salió para el Sur pensó que iba de paseo a Ubaque. De aquí el que sus tropas siempre estuvieran desorganizadas. Nunca supo disciplinarlas. Cuando los soldados comenzaron a desertar, Nariño en lugar de aplicarles la sabia receta de Bolívar: "Una onza de plomo y cuatro adarmes de pólvora", les dijo: "Su mal es muy contagioso, regresen a sus casas".

Ese era don Antonio Nariño, cifra y compendio de la Patria Boba.

La segunda manifestación aguda de mosaicismo se presenta a mediados del siglo pasado. Si el órgano literario de la primera fue "La Bagatela", el de la segunda fue "El Mosaico". Este movimiento tuvo como causas las enunciadas anteriormente: la raza y el medio. A ellas se sumó otra: el género literario costumbrista que importado de España halló aquí caldo propicio e inmejorable para su cultivo.

Hoy en España nadie recuerda a los padres de ese minúsculo y lamentable género. En cambio, entre nosotros todo es incienso y alabanza para esos cachacos que en tertulias familiares, inspirados por el chocolate "que en espumante jícara rebosa", y al son melodioso de recíprocas lisonjas, relataban paseos veraniegos.

Luis Soracta, al explicar la popularidad de que gozó G. K.

Chesterton, dice: "Logró imponerse a la atención de innumerales lectores y tuvo discípulos apasionados, gozó, en fin, del envidiable privilegio de la popularidad que se alcanza merced al imperturbable e inteligente propósito de contrastar las ideas propias con las del ambiente contemporáneo.

Solo en países de genuina cultura es posible esto último. En los que carecen de ella, por más que hagan alarde de sus adelantamientos, siempre será un hecho que la popularidad no nace sino de la consonancia más o menos servil con las opiniones predominantes. Y éstas suelen ser mediocres por su calidad y tiránicas por su imperio.

También me he imaginado que la popularidad, que es equivalente de buen nombre literario, de autoridad científica, de pensamiento respetado, de discusión fecunda, supone la cultura a que me he referido, y supone también que haya pluralidad de centros cultos.

Cuando no hay más que uno, tendremos un amable y espiritual cenáculo de inteligencias, un conventículo académico, un círculo de privilegiados, una tertulia para escogidos, "El Mosaico", "El Repertorio Colombiano". Y naturalmente los miembros de esa especie de asociaciones serán "populares" pero, por decirlo así, "entre casa" y para los suyos.

A no ser que el país entero a que pertenecen sea de tan rudimentarios alcances y de tan incipiente civilización, que tenga que consagrar como notabilidades nacionales, como flor, nata y crema de su potencia intelectual, a los mismos que componen y mantienen el centro único y el núcleo solitario. Pero estos cenáculos no son eternos, no se renuevan ni se perpetúan como corporaciones influyentes, entre otras razones porque sus adherentes y devotos no tienen como vínculo y aglutinante, como estímulo y acicate sino el afán y empeño de cultivar, ajonjear y autorizar sus aficiones personales y hasta sus manías inofensivas. Y como ni las unas ni las otras son perdurables, tampoco lo será el correspondiente conventículo".

¿No está aquí sintetizado magníficamente el caso de la cultura colombiana que consagra al Mosaico como su más alta y perdurable expresión?

La vida era agradable para el grupo de los mosaicos: el destino los había colocado en un punto y de allí no deseaban salir, el pensamiento los fatigaba y le temían a la acción. Esa escuela de vida tenía que producir una inteligencia limitada y una voluntad desfalleciente. Felicidad dentro de la pequeñez podría ser el lema de aquellos hombres. Su símbolo un bayetón y una

jícara de chocolate. Sus obras literarias habrían de ser mediocres. Con el chocolate como estimulante de inspiración no se puede producir nada grande. Fatalmente esta bebida grasosa da por resultado, en prosa, "las tres tazas", "el remiendito" o "el paseo a Ubaque"; en verso, décimas y redondillas "ingeniosas".

Hace mucho que los colombianos habríamos debido olvidar a los mosaicos. Esto hubiera pasado en cualquier país medianamente civilizado. Sin embargo, hoy son muchos los que consideran al Mosaico como el momento en que la cultura colombiana alcanzó su más alto grado de perfección. Así lo enseñan diariamente profesores irresponsables a sus alumnos, y así lo riegan por toda la América española "críticos" en obras que más parecen ser libros de recortes que estudios y selecciones fundamentados y personales.

El padre Ortega, en su voluminoso álbum de *literatos* colombianos, dice:

"Fue entonces —se refiere a la época del Mosaico— la edad de oro de la literatura colombiana y una gloriosa generación de intelectuales puso a nuestra patria a la cabeza del movimiento literario de la América española".

Y Otero Muñoz:

"En esta revista —"El Mosaico"— aparecieron las producciones literarias que dieron mayor fama a Colombia y que forman el período más sólido de nuestra historia cultural".

Y Daniel Samper Ortega:

"Es a los costumbristas contemporáneos de Vergara y Vergara a quienes debe Bogotá el dictado de Atenas suramericana..."

Como estas citas hay muchas otras.

Olvidan los neomosaicos —casi en su totalidad pertenecientes a la "generación de la hermana Himelda", (alias del centenario)—, que todo el pensamiento literario de valor que existe en Colombia se ha formado no sólo fuera del Mosaico sino contra el Mosaico.

Caro, Cuervo y Suárez lo odiaron (mejor lo despreciaron), Silva se suicidó para no seguir viviendo entre ellos, y Valencia en toda su vida y en toda su obra ha demostrado que la existencia del hombre es movimiento y no quietud, permanente renovación y no estanque monótono. Por eso escribió un verso eterno, maravillosa síntesis del espíritu antimosaico:

"Sacrificar un mundo para pulir un verso".

Se dirá que en todas las literaturas es tema importante el de las costumbres nacionales o locales. Es verdad, pero una co-

sa es copiar un hecho y otra muy distinta interpretarlo. Esto último hicieron Dickens, Balzac y Galdós. Los mosaicos estaban imposibilitados. Marroquín, el único entre todos ellos, sí tuvo esa facultad interpretativa. Así lo demostró en "El Moro".

Afirmábamos que los neomosaicos ignoran las únicas manifestaciones espirituales que verdaderamente significan un aporte a la cultura de Colombia. Ya vimos los desproporcionados elogios que hacen a sus abuelos literarios, a quienes ponen muy por encima de don Miguel Antonio Caro, de don Rufino Cuervo, de don Marco Fidel Suárez, etc., ya que consideran al Mosaico como el más alto nivel cultural que haya alcanzado el país en cuatro siglos de vida. Ahora preguntamos: ¿Cuántas de las "eminentias intelectuales" de la nación conocen las últimas creaciones del Maestro Valencia: "Catay", "La parábola del foso", "La balada del pozo", "Job", y su traducción de "La balada de la cárcel de Reading"?

Poquísimas. Y si las han leído no las han apreciado. Valencia, el primer poeta de América y España, debía ser el D'Annunzio de Colombia. Lo sería si este país no se hallara en tan alarmante situación espiritual.

Hoy la literatura colombiana fluctúa entre los poemas izquierdistas de Darío Samper y las odas al ariquitepe de los mosaicos.

Perdónalos Señor porque no saben lo que hacen!

Como atrás dijimos, los hombres de Colombia, posteriores al Mosaico, —los centenaristas, especialmente—, adoptaron sin reservas para su uso particular y de una manera íntegra, la literatura y mejor el espíritu mosaico. Esta actitud provocó la contraria, que en verdad, fue furibunda. Las generaciones actuales, manifiestan su odio, mejor su desprecio por el mosaico, por los costumbristas, por los hijos espirituales de la Hermana Himelda. La reacción fue radical, tan radical que los jóvenes de hoy, que cabrían bajo el nombre de "generación de la incompetencia", en su afán de ir contra mosaicos y contra centenaristas, cayeron en algo peor, llegaron a la más absoluta insolvencia mental. Partieron del concepto de que para gobernar, hacer oposición, fundar "fascios" o "comiterns", meterse en críticas literarias, etc., el mejor medio, era el de ignorar sistemáticamente todo. Unos creyeron que después de leer a Paúl Morand, se podría dirigir al país con suma facilidad, otros que saturados de Berdiaeff y de los reportajes de Antonio Ferro, sacarían adelante la república, y los más que con traducciones a media rienda de la Editorial Ercilla y congéneres americanas, era

factible la formación de una cultura, sin ser necesaria en modo alguno la posesión de bases filosóficas o científicas.

Estos señores que odian al Centenario y al Mosaico, adolecen, —lo repetimos— de más grave mal, son más mosaicos que sus enemigos, toda vez que para ellos, la audacia y la ignorancia solas remedian y curan de todo. En verdad y aunque rechacen el cargo, en vez de antagonistas del centenario y del mosaico, son sus legítimos herederos. Lo único nuevo que han aportado a las letras colombianas, es el comentario cinematográfico.

En resumen y para terminar, como fruto de toda esa evolución, encontramos hoy en el suelo de Colombia, los especímenes más raros de animales literarios y políticos. Así como en otro tiempo, florecieron aquí *volterianos católicos* y *conservadores positivistas*, hoy se dan los *nazistas cristianos* y los *liberales marxistas*. Todos ellos tienen en su cabeza un mosaico ideológico.

FRANCISCO RUEDA CARO y

JOSE LLOREDA CAMACHO.

